

Cosas desmesuradas

Diremos, a modo de preámbulo, que todo ha sido desmesurado. Que lo que más se ha echado en falta ha sido el sentido común. Es extraordinario el espíritu conservador, a pesar de todo, que nuestra sociedad almacena. Y es impresionante la rebeldía de nuestra juventud. Era, pues, previsible que ambos chocarían tarde o temprano. La gente parece que lo que más siente es que haya sido precisamente en vigilias festivas. Son maneras de ver las cosas. El comentario general es que la juventud ha dado en el blanco más o menos... pero, ¿acaso alguien pidió jamás que diera en el blanco? Hay un extraño sentimiento que llaman olotinismo aquí, barcelonismo allí, o tarragonismo más allá... que sirve para que las cosas de la propia ciudad sean las mejores aún que no lo sean. Y hay que tener mucho tiento para no herir este sentimiento, porque entonces hasta el último ciudadano se pondrá en contra. Se puede hablar en general. Decir el mundo no marcha, las ciudades están mal de urbanismo, los servicios médicos están arcaicos, las fiestas mayores se van a pique... Pero, ¡cuidado!, es muy peligroso señalar la parte de mundo que no marcha, la ciudad que está mal urbanizada, referirse a un determinado servicio médico, o decir esta Fiesta Mayor se va a pique. Nuestra sociedad quiere empezar sus fiestas con alegría, comerse el pavo sin regustos extraños... Y es peligroso entorpecer estas digestiones burguesas. Fijense bien, he dicho nuestra sociedad—así, en abstracto—, si dijera la sociedad olotense, ya verían la que se arma.

Uno no va ni siquiera a intentar defender o atacar lo que la juventud fue capaz de escribir en vigilias de Fiesta. Sí que, con todas sus fuerzas, este escritor piensa defender aquí y donde sea, el derecho que tienen de decirlo allí donde puedan. Parece como si nos hiciera miedo escuchar las voces que gritan, como si quisiéramos no aceptar, ya de principio, el derecho a la libertad por la que tanto se ha luchado en el mundo—y sigo generalizando—. No salimos del asombro que nos causa el comprobar como todo un sistema conservador se convulsiona al influjo de unas solas frases, de unos artículos. ¿Es que todo este sistema está formado por gente que nunca ha sido joven? ¿Que nunca ha sentido la necesidad de destruirlo todo para hacerlo de nuevo de otra forma? ¿Es que los únicos años fructíferos de la vida del hombre—los años jóvenes—llegan a poderse borrar definitivamente hasta lograr sumirnos en un estado de incompreensión total? Lo cierto es que todo ha sido excesivamente desmesurado. Por encima de cualquier otra apreciación, la falta de un sentido sano de la medida ha imperado. Falta que si en la juventud es perdonable por ausencia de esto tan desagradable que se va cambiando por años y que se llama experiencia, en los ciudadanos que se erigen como enamorados del orden establecido y del equilibrio humano-social, es totalmente sorprendente y contradictorio. Pedimos mesura y equilibrio y a cambio no tenemos reparo en hacer tabla rasa de toda una juventud, negándole—no el derecho al trabajo, claro—sino el simple y sencillo ejerci-

cio del derecho de opinión. Un Ayuntamiento reunido acuerda un voto de censura—¿cuántas veces debería haberse reunido esta comisión para felicitar a la prensa y radio locales por los piropos que se han dedicado a Olot?—la ciudad se revoluciona y clama por unas palabras, la misma ciudad que ante hechos concretos—por ejemplo la retirada del tren—que verdaderamente depauperan nuestra vitalidad y nuestra esencia, ha permanecido muda e indiferente. Se ha renegado públicamente y despiadadamente de esta juventud, cuyo único pecado estriba en el hecho mismo de su juventud... En fin, se ha desmesurado todo. Tal vez porque existe en nuestro subconsciente una extraña sícosis de envidia por unos jóvenes que se pueden dejar barba y vestir a su modo, cuando si en nuestros años lo hubiéramos hecho, nuestros venerables y liberales abuelos nos hubieran arrancado los pelos a bofetadas.

Uno escribe verdaderamente asombrado y verdaderamente sorprendido. Se han dado tantos palos de ciegos, se ha producido un nerviosismo tan extraño que, por más que lo intente, no acierta a comprenderlo. La ciudad, nuestra ciudad, tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, como todas. Se ha luchado mucho a lo largo de años para resaltar lo mejor que tenemos, sin una carta de felicitación, sin una voz de aliento... Creemos sinceramente que esta lucha nos da derecho a muchos números de crítica. Y que no es tampoco cuestión de defender lo indefendible por el solo hecho de que es una cosa nuestra.

Y dicho esto hay que decir, también, que lo escrito nos ha descubierto a un grupo de jóvenes con inquietudes que esperamos no se limiten a escribir, sino que—como decía la nota del C. I. T.—, colaboren de hoy en adelante para hacer este Olot mejor por el que todos suspiramos, poniendo la carne en el asador y esperando al toro en la arena. No creemos que sea buena ni saludable política el prescindir de ellos de golpe y porrazo, sino que es la hora de comprometerlos en la labor común.

El escritor, en llegando aquí, quiere confesar que, a pesar de sus propósitos, no ha podido permanecer al margen de la cuestión, impulsado por el vértigo que producen las cosas al girar sobre si mismas con mucha fuerza. La atracción inevitable que produce un hecho cuando tiene la suficiente fuerza como para desentumecer la tradicional apatía de toda una ciudad, no podía dejarle indiferente. Pero que nadie vea en este escrito otra cosa que no sea el deseo de temperar los ánimos, el poner las cosas en su sitio y, sobre todo, una defensa acérrima del derecho de nuestros jóvenes, igual que de los demás, a decir—dentro de las actuales Leyes de Prensa—lo que piensan.

Otra cosa chocante en todo este embrollo es que la gente se ha indignado, pero nadie o muy pocos se han parado a pensar, a argumentar su indignación. El Ball Pla, por ejemplo, no ha tenido, y lean ustedes con cuidado todo el papel escrito, ni un solo defensor que no admitiera que es algo totalmente indefensible. La gente sigue opinando que se trata de una tontería de la que no vale la pena hablar; en cambio se irrita sin ton ni son, sin una razón posible que justifique nuestro "número fuerte de Fiestas", que no sea el consabido "este no era el momento". Es curioso, pero hemos oído gente totalmente ajena a las cosas de la Iglesia, irritarse porque se ataca a las procesiones, y hemos visto a la Procesión enclenque y desasistida. Todo ha tenido el signo de la desmesura, una desmesura que podría convertir en una cosa risible un hecho que debería hacernos pensar. Pensar que, en el fondo, ellos también tienen su derecho a ser escuchados.